

## La virtud de Ana María.

Título: La virtud de Ana María.

Pseudónimo: Fernanda Navas.

Categoría a la que pertenece: C

Era temprano cuando llegó el cartero. Como cada mañana, Ana María se encontraba realizando las labores domésticas. Estaba en la cocina cuando lo divisó subiendo la ladera. La llegada del correo era siempre bienvenida pues aquello suponía noticias y correspondencia de la ciudad, del pueblo o de algún familiar emigrante. O también podía ser la última entrega del libro que compraba por fascículos. Fuera como fuese lo cierto es que su visita siempre conseguía despertar expectación.

Era una mañana soleada de 1919. Ana María salió a su encuentro y comprobó que lo que llegaba era lo que esperaba con tantas ganas: un nuevo fascículo del libro que compraba por entregas: “Las almas enamoradas”, escrito por Luís de Val. En aquel tiempo un libro era un artículo de lujo pues suponía un coste económico que no todas las familias podían soportar así que, en vez de comprarlo de una vez, llegaba por capítulos.

Aunque la vida pasaba tranquila siempre había mil cosas que hacer. Ahora estaban segando los campos de trigo, pronto llegaría la molienda. Era una época de gran actividad en la que pocas veces había tiempo para el descanso, salvo en contadas ocasiones y la cita de los martes por la noche era una de ellas.

Después de un duro día de trabajo, familiares y vecinos de los alrededores fueron llegando a casa de Ana María. Poco a poco iban tomando asiento donde podían: en las sillas, en las mecedoras, en el suelo... las ventanas estaban abiertas y se dejaba sentir una suave brisa que traía olores frescos de las matas de dama de noche y de jazmín que había en el rellano. La sonoridad del agua del arroyo aportaba serenidad al ambiente. El sol se había marchado hacía rato y aún lucía un anaranjado arrebol en el cielo. La noche estaba llegando implacable y todos esperaban justo ese momento. El momento en que la anfitriona les contaría historias que ni imaginaban, los trasladaría a otros escenarios que nunca vivirían o les seduciría con caprichosas historias de amor en la noche estrellada con la única iluminación de las velas. Ella era la única que podía hacerlos soñar con otros mundos, con otras personas, con otras historias, con otras vidas, porque ella era la única persona de la zona que sabía leer y que, cada martes, leía un capítulo de “Las almas enamoradas”.

La historia narraba la convulsa vida de una joven trabajadora de principios del siglo XX en una ciudad industrial que, al parecer, tenía un origen noble del que fue privada, de sus sueños, sus anhelos, sus deseos, sus amores y de los caprichos del destino.

Durante meses, se dieron cita en casa siendo la única distracción de aquellas gentes que se quebraban la espalda de sol a sol trabajando en faenas de labranza. Por eso, anhelaban con ilusión que la lectora obrara el milagro de la transmisión de una historia escrita a una historia narrada y, una vez en sus memorias, volver a ella y soñar.

Fueron muchas las veladas, amenizadas por la voz inconfundible, dulce y aterciopelada de Ana María. Muchos fueron los meses que transcurrieron desde que comenzó la lectura hasta que finalizó pues, uniendo todos los capítulos, llegaron a formarse tres tomos. Pero, inevitablemente, los meses transcurrían y las páginas se agotaban hasta que una noche de los labios de la lectora se escucharon las últimas palabras dando fin al libro y concluyendo, con él, las ilusiones de los oyentes.

Una vez leídas, las páginas se cerraron y los tres tomos de mil páginas cada uno fueron colocados a modo de decoración en el salón de la casa, en el único mueble que había: un chinero. Poco a poco, aquella ilusión y mundo de fantasía fue desapareciendo y quedó relegado al olvido, hasta que una mañana, mientras las mujeres de la familia pintaban el salón alguien decidió que estarían mejor en el tinao, y allí fueron confinados en un rincón.

Era el tinao una especie de cobertizo en el que se almacenaba un poco de todo: aperos de labranza, mobiliario en desuso, plantas de la sierra atadas en manojos que colgaban del techo secas... Allí soportaron el viento, el frío, la humedad, el calor sofocante. Y fue allí donde se quedaron durante años olvidados los libros, olvidada la historia de Martina.

Al cabo del tiempo, alguien entró. Se escuchó cómo abrieron la puerta, y unos rayos de sol iluminaron la estancia lúgubre cubierta de polvo. Se escuchaban pasos y una voz que formulaba preguntas. Empezó a mover muebles, tiestos de macetas, semilleros, cuerdas que colgaban de las paredes abultadas y encaladas. ¿Qué estaría buscando? Por fin, ese alguien llegó hasta el rincón. Al poco, la joven encontró lo que buscaba y salió de aquella estancia oscura cerrando la puerta con un golpe seco y echando un candado.

Pasaron años. Muchos años en los que las visitas se producían con poca frecuencia. Cuando entraba alguien buscaba algún utensilio o lo almacenaba. La ilusión de ser rescatados se fue desvaneciendo en el tiempo y, con él, se acentuó el deterioro de las páginas, de los hilos que las unían, del cartón que recubría portada y contraportada, de sus dibujos tan coloridos y elegantes.

Pero un día de verano rompió la rutina. Aquella mañana se escuchó girar una llave en el candado y, seguidamente, con un empujón se abrió la puerta, ya oxidada e hinchada. Entraron dos personas, una joven y otra anciana, que mostraban mucho interés por algo.

- Busca por allí. Tienen que estar por ahí- decía la voz anciana.
- En este altillo no están- contestó la joven afanada en la búsqueda.
- Pues sigue buscando, a ver. Estar, están aquí- dijo de nuevo la voz anciana.

Los libros ya habían perdido toda la esperanza de un rescate. La joven abrió una caja de metal que plasmaba una imagen bucólica enmohecida de una bella joven. Anunciaba carne de membrillo. En ella encontró pequeños tarros de cristal, una cuerda liada en un pequeño palo, pequeños artículos de metal mohosos, una libreta pequeña donde se distinguían con mucha dificultad cuadritos azules y cuentas en pesetas, céntimos...

- Aquí tampoco están- dijo la joven decepcionada.
- Pues busca en aquella esquina.

El respirar de la joven se escuchaba cerca. De pronto una mano se posó sobre uno de los tomos.

- Aquí hay un libro. Tiene las tapas azules. Y hay dos más abajo ¿Serán éstos?
- A ver que los vea.- La persona mayor se acercó con sumo cuidado esquivando objetos que impedían el paso. Cogió uno en sus manos.- Sí, estos libros eran de mi madre. ¡Ella los quería... los amaba tanto!

De pronto, la mujer se emocionó. Aquel libro la estaba transportando a una etapa feliz de su vida y pudo ver cómo su madre salía a recoger los fascículos, la ilusión de las

familias llegando al cortijo, el relato en boca de su madre, la intimidad a la luz de las velas... Lloró. Hacía muchos años que su madre ya no estaba. Y sufrió al ver cuán deteriorados estaban: las cubiertas dobladas, las hojas recomidas, deslucido el color y malolientes.

Tan sólo pensar que los cuidaría con mimo la rescató de la culpabilidad que la embargaba. Así que se los llevó a su casa, le quitó el polvo con cuidado, los acarició, los abrazó, los olió pensando que, al menos, los había encontrado.

La tarde anterior había tenido una conversación con su nieta, que había llegado al cortijo a pasar unos días. Ante las preguntas que formulaba Bárbara, que así se llamaba la joven, Antonia empezó a contarle cómo era la vida en el cortijo, algo que la maravillaba pues estaba acostumbrada a la cómoda vida de una gran ciudad. En un momento de la conversación la joven preguntó cómo se divertían antiguamente cuando no podían salir de allí, rodeados de campo y sin vehículos para desplazarse. Fue entonces cuando recordó las veladas que amenizaba su madre con la lectura de alguna novela y le contó la que se formaba en el cortijo: era el único entretenimiento.

Pasó la noche sin pegar ojo pensando dónde podrían estar “Las almas enamoradas”. Les había perdido la pista hacía décadas y con cierta razón pues, ni ella ni sus hermanas aprendieron a leer. La crianza de diez hijos y el trabajo en el cortijo no habían dejado a su madre un momento para alfabetizarlos, y gran pena que tenía por ello. Fue al día siguiente cuando, movida por la curiosidad, se adentró en el tinao a buscarlos en compañía de la adolescente.

Bárbara quedó fascinada: estaba viviendo una emocionante aventura familiar. Pero también estaba triste al ver el mal estado en el que estaban los libros. Se le pasó por la cabeza una cosa: limpiarlos, arreglarlos, restaurarlos... Pensó en muchas personas, pero acabó por confiar en que el bibliotecario de su barrio sabría decirle quién se dedicaba a ese oficio.

En el taller de Antonio y Rafael siempre había trabajo. Hasta él llegaban los volúmenes más variopintos: Biblias en piel de cordero, antiguos legajos de la Iglesia, testamentos, Quijotes de hacía siglos... Reliquias. Era el hospital de los libros graves. Y hasta él se desplazaron Antonia y Bárbara después de buscar con urgencia un lugar donde obrar el milagro de la restauración. Les acompañó el amigo bibliotecario que tenía buenas referencias de ellos y a la entrada del taller llegaron una mañana de mayo de 2011.

Los restauradores se interesaron pronto por la novela. Eran ejemplares poco corrientes y raros. Inspeccionando cada detalle a través del cristal de sus gafas posaron sus ojos en cada minucia del libro interesándose por el autor, año de publicación, encuadernación, estado, calidad del papel, ilustraciones, ilustradores... tan sólo levantaron la mirada para preguntar ¿por qué estaban tan dañados?

Antonia y Bárbara relataron la historia y se afanaron en preguntar si podría haber alguna solución. Aunque estaban apenadas confiaban en que pudieran hacer algo. Antonio y Rafael le dijeron que darles otra vista llevaba tiempo, que lo que allí hacían era algo más que un trabajo pues atendían los volúmenes que allí llegaban como enfermos que necesitan una cura. Entendían su labor como un bien a la cultura, a las familias que hasta allí llegaban pidiendo ayuda tras el encuentro fortuito con algún libro antiguo. Desde el principio se interesaron por la curiosa historia y se lanzaron al reto a la semana siguiente.

Los cirujanos comenzaron a operar. Lo primero que hicieron fue prensar las páginas, después las desinfectaron para eliminar todo atisbo de vida que pudiera seguir contaminándolas: insectos, hongos o bacterias que le daban un color oscuro, motas salpicadas, olor a humedad y tacto irregular... el típico aspecto a antiguo. Llegó seguido el perfilado, dándoles forma una por una, pues las había que estaban completamente redondas comidas por bichejos, sueltas del hilo vertebrador, deshechas, finas y rasgadas.

Repararon las páginas rotas y los desgarros de papel dándoles el margen perfecto gracias a las reintegraciones e injertos. Con algunas páginas, Antonio sufrió. No encontraba la manera de poder trabajar sin dejar una palabra atrás.

Una vez estuvieron todas listas, comenzaron a montar los cuadernillos en el telar. Tenían ahora que rearmarlo. Ya se le veía color a tantas horas de trabajo. Tan sólo quedaba diseñar la guarda, la primera página del libro en la que estamparían los nombres del escritor y del ilustrador así como el año de edición y, por supuesto, el nombre del libro.

Antonia y Bárbara siguieron con devoción la restauración y durante los meses que duró visitaron el taller dos veces. Los restauradores les informaban del proceso y las hacían partícipe de sus aventuras entre antiguos legajos, curiosos libros e inciertos documentos. Les apasionaba su mundo y querían compartirlo con quienes sentían esa

misma fascinación por lo antiguo, por las humanidades, por la cultura, dándoles las tantas en cada visita.

En septiembre, Bárbara recibió una llamada de Rafael, en la que le informaba que sus libros estaban restaurados.

Desde la ciudad donde vivía, Bárbara fue a recoger a su abuela al cortijo. Por el camino no pararon de hablar de la emocionante historia que estaban viviendo desde hacía unos meses y se hicieron mil preguntas sobre lo que estaban a punto de vivir. Llegadas a la calle Rafaela, lugar del taller, y a pie de puerta, pegaron al timbre. Estaban nerviosas, impacientes, emocionadas. Las recibieron los hermanos Antonio y Rafael con la joya en la mano.

Los libros parecían otros. Ahora estaban sanos, con las páginas cuadradas, cosidos los capítulos, suaves sus páginas, limpias sus ilustraciones, oliendo a nuevo y unas tapas de color verde esmeralda sobre la que resaltaba en color granate “Las almas enamoradas”. En el lomo aparecía el número de tomo, el nombre del autor y del ilustrador. Agradecieron profundamente la tarea realizada y salieron de allí llorando.

Nada más llegar al cortijo, se acomodaron en el salón y Bárbara abrió el libro por la primera página: “Jamás olvidaría Martina aquel beso y aquel grito del alma. Pero, ante todo, sabed quién era Martina....” Se olvidaron del reloj, de la hora del almuerzo y de las prisas para rescatar la historia que, en otra hora, se dejara vivir entre las cuatro paredes de aquel lejano cortijo. Seguro que Ana María habría tomado asiento y disfrutaría ahora al escuchar a su biznieta narrar la historia de Martina.